

ALFAGUARA



Tuomas Kyrö

Vatanescu y la liebre

Traducción de Dulce Fernández Anguita

Primer capítulo

en el que se relata cómo Vatanescu se va a trabajar al extranjero, tiene que separarse de su hermana y organiza una barbacoa

Había más alternativas, claro. Nuestro protagonista podría haberse dedicado a robar coches, o cable de cobre, o incluso haber vendido uno de sus riñones. Pero de todas las malas ofertas que le hicieron, la de Jegor Kugar fue la mejor. Un año de contrato laboral garantizado, transporte hasta el lugar de trabajo y empleo para su hermana, con el plus de una dentadura nueva y dos implantes de silicona.

Vatanescu le dejó a su exmujer una nota en la que prometía hacerle llegar la manutención del chico según fuese acumulando ganancias. Tras el divorcio, las relaciones entre él y la madre de Miklos se habían vuelto un tanto infecciosas, tanto que la pus brotaba a la mínima, por más que se tratase de dos personas de buena voluntad. Pero cuando el amor se acaba, son muchas las candidatas a ocupar el hueco que este deja: la envidia, la amargura, la venganza, la estridencia, la hijoputez.

Vatanescu se sentó al borde de la cama en la que su madre y Miklos dormían abrazados. Le quitó el calcetín del pie derecho a su hijo, que ni se movió, y dibujó la silueta de la planta en un papel.

Tendrás tus botas para jugar al fútbol.

Papá te va a conseguir unas botas para jugar al fútbol.

El *kleinbus* lleno de manchas de óxido partió del sur con destino al norte, la caja de cambios exasperándose en las cuestas arriba, los frenos echando chispas en las cuestas abajo, y mientras, los viajeros resistiendo como jabatos, hacinados en la parte posterior. La infernal furgoneta era de la misma quinta que Vatanescu, de la misma que el fútbol total de Holanda. Para ser más exactos, el *kleinbus* había sido fabricado el mismo año en que Vatanescu vio el relámpago de la libertad. A saber, la única cadena de televisión de su país emitía cada noche el mismo discurso del dictador, solo que aquella noche la pomposidad de este se vio interrumpida por un fogonazo de los Monty Python. ¿Qué locura, qué clase de desatino era aquello del Ministerio de los Andares Tontos?

Vatanescu tenía un pezón en la boca, pero como Nadia Vatanescu estaba viendo la televisión, además de la leche lo salpicó una gota del mundo libre. Libre de sentido común.

Sentado en el fondo de la furgoneta, sostenía la mano de su hermana dormida entre las suyas.

Si fuese capaz, te protegería.

Primero hay que cuidar de uno mismo.

Tú siempre me has protegido.

Klara Vatanescu había salido a su abuela Murda en el mal pronto y en su habilidad como ama de casa. De haber sido otras las circunstancias, hubiera podido ser una robusta nómada, o ministra de asuntos exteriores. Pero en aquella realidad —la única posible para ella— era la más pobre de todos los pobres, e iba sentada encima de la única

mercancía que podía ofrecer. Vatanescu permaneció en vela, contemplando a través de las rendijas de ventilación de la puerta trasera iglesias y pueblos lejanos que le eran ajenos, poblados por seres desconocidos, con sus sartenes de teflón y sus descodificadores de TDT con grabadora, seres con un horario fijo para comer e ir a la escuela, para aparearse, con planes de futuro, con control sobre los intereses de sus préstamos, hijos con ortodoncias, gente en edad de jubilarse, con parcelas en el cementerio, flores sobre el montoncito de tierra de la tumba..., todo el paquete.

Vatanescu abrió una lata de conserva. El contrato de transporte que había hecho con Jegor Kugar incluía la pensión completa, es decir, una hamaca de malla y carne en lata. La fecha de fabricación era 1974, y como país de origen, impreso en el culo del recipiente, figuraba SWE. El propósito original de las latas era el de asegurar la supervivencia tras una posible guerra nuclear, guerra que nunca había llegado a producirse, para desgracia del comprador. Las conservas se habían pasado de fecha en algún lugar del norte sin armas atómicas, y por eso el ejército de Suecia se las había revendido al primer intermediario dispuesto a comprarlas, el cual, por su parte, se las había revendido al crimen organizado internacional, que a su vez las estaba repartiendo entre la mano de obra temporal. El producto cárnico bajó por el esófago de Vatanescu y llegó hasta su estómago, donde estuvo un rato burbujeando, causándole los retortijones habituales del flato.

En algún lugar lejos de allí, un avión despegó y otro aterrizó al bajarse Klara de la furgoneta, poco antes del amanecer. Vatanescu oyó a través de la fina chapa el motor en ralentí de un coche de clase *premium* y se deslizó sigilosamente hacia las rendijas de ventilación. Pudas, uno de sus compañeros de viaje, se quejó de la peste que flotaba en la furgoneta, asegurando que podía cortarse con el abrelatas que acababan de usar.

Tú puedes aguantar el olor de un pedo.

A mí se me llevan una hermana.

Estaban en un baldío, y junto al coche había unos hombres jóvenes a los que, haciendo honor a la verdad, habría que calificar de gilipollas. Gafas de sol, pantalón de chándal de los noventa, modelo «macarra de cola de quiosco de salchichas» y pelo repinado hacia atrás con un exceso patente de gomina. Los gilipollas en cuestión querían parecerse a los gánsters de las películas que veían, pretensión inútil donde las haya, ya que su auténtica esencia, su identidad y su conflicto trascendían las fronteras. Pequeños maleantes polacos, rompedores de dedos expulsados del ejército ucraniano, matones de escuela hijoputas de Turkmenistán, albaneses puteados en el colegio, cuyas vidas habían sido destruidas por algún cabrón.

Vatanescu vio que uno de los gilipollas abría la puerta trasera del coche. Klara entró inclinándose y Vatanescu recordó entonces cómo había aprendido a nadar.

¡No sé, no me sueltes! ¡El agua me da miedo! ¡Pero si sí que sé! ¡Sé nadar!

Se aferró con las yemas de los dedos a las rendijas del respiradero, el Mercedes arrancó, Jegor regresó a la cabina del *kleinbus* y se puso a rebuscar entre los cedés y al cabo de un momento empezaron a sonar los Scorpions.

¿Seguirá siendo bueno lo bueno que uno guarda en la memoria, aun en los malos momentos?

Era como si el *kleinbus* volara por los cielos, sobre el mar agitado, las nubes a ras de la superficie y, navegando por ella, los barcos cargados de tráileres repletos de productos y armatostes. Con unos prismáticos se habría podido ver a los filipinos, a la gente de Vestersundsby y a los marineros de Kotka ganándose el pan del día siguiente, o sea los intereses del plazo de sus hipotecas, o sea, una botella grande de vodka Absolut, o sea el dinero para pagar la pensión de los hijos, o sea esos mil euros de más que les permitirían llevarse a la familia de vacaciones a Tailandia. Antes solo los perversos iban a las playas de Tailandia, pero actualmente son las familias las que lo hacen.

Alguien abrió las puertas del *kleinbus*, Pudas y Tadas recibieron orden de salir. Su base de operaciones iba a ser el túnel peatonal de acceso al metro de una ciudad dormitorio de la periferia de Estocolmo. Hala, a arreglárselas como una avanzadilla de finlandeses de la era precámbrica.

Vatanescu y Jegor Kugar se quedaron solos en la furgoneta. La pareja viajaba callada en la cabina y el navegador iba dando instrucciones sobre los cruces, el cambio de carriles y los giros. Su destino era la terminal de un puerto, y una vez allí, Jegor condujo la furgoneta hasta la cubierta para coches de un barco.

Entraron por unos pasillos a la inmensa nave, que se llamaba VIKING LINE, y descendieron en un ascensor lleno hasta los topes hasta la cubierta de los camarotes más modestos.

Las literas estaban frente por frente, y al abrir las cortinas, Vatanescu se dio cuenta de que no escondían ninguna ventana. Se instalaron en la cabina sin esa excitación, sin esa anticipación que todo el que haya hecho un crucero de fin de curso puede seguramente recordar. Mejor, porque en el fondo estaban evitando el agotamiento posterior al viaje, así como la decepción del regreso con la virginidad intacta.

Jegor Kugar se encendió un cigarrillo justo debajo del letrero de no fumar, se quitó los zapatos y estuvo un rato haciendo estiramientos de nuca, como una persona normal, como un compañero de camarote desconocido que, aparte de ser cruel, tuviera algún lado bueno. Vatanescu se sentó en su cama y probó la dureza del colchón con las posaderas.

Sábanas limpias.

Fundas nórdicas.

Al separarse del muelle el barco exhaló un gemido, al que se sumaron el sonido lejano de un motor en la profundidad del mar y las risas animadas a fuerza de latas de cerveza de los jóvenes de la cabina contigua, ambos sexos mezclados, carcajadas y sonoridad. Jegor Kugar se cambió el chándal de marca por un traje de marca y comprobó su aspecto ante el espejo. La expresión de idiota peligroso era indeleble.

Anunció que tenía una cita de negocios en la cubierta superior y le recordó a Vatanescu lo que la letra pequeña de su contrato decía en cuanto a las instrucciones de viaje: si salía del camarote, moriría. «Jegor te pegará un tiro», afirmó Jegor, y le enseñó la pistola que llevaba en la sobaquera para corroborarlo.

¿Tengo yo pinta de necesitar que me amenacen?

Si no tengo ni para un café...

¿Puedo permitirme enfrentarme a un ruso al que le falta una oreja?

A Vatanescu siempre le había resultado difícil acatar la autoridad, los profesores malinterpretaban la vivaci-

dad de sus ojos creyéndolo un malhechor. Llegó un momento en que aquella chispa se apagó, o la apagaron, y el muchachito se hizo un hombre. Pocos son los que llegan a los treinta y cinco con el brillo de sus ojos intacto. El padre agitaba la vara cada vez que el pequeño Vata hacía una diablura, es decir, cada vez que actuaba conforme a su naturaleza de desmantelador y constructor. Pero su padre no era capaz de pegarle y siempre acababa arrojando la vara a la hoguera e invitándolo a una taza de café hirviente, a un torrezno asado en la punta de un palo, el manjar de los manjares, algo que ya nadie comprende en los países del Norte, donde la comida que uno se mete en la boca no debe aparentar jamás que una vez estuvo viva.

Su madre le tiraba del pelo, su madre le daba collejas, aunque seguramente lo quería y sabía reconocer las ansias de vivir en sus ojos chispeantes.

Antes de que el ascensor en el que viajaba Jegor llegase abajo ya estaba Vatanescu saliendo al pasillo, y no tardó en estar sentado en uno de los taburetes giratorios de la cubierta número 6, rodeado del tintineo de las botellas del *tax free*, los ruidos electrónicos de las tragaperras y los de las monedas cayendo, las exclamaciones de impaciencia, los bufidos, los silbidos, los chillidos de los niños y el alboroto general. Vatanescu no se percató de las cuotas de distribución del barco, diáfanas como una botella de aguardiente recién sacada del congelador. Dos eran las categorías de personas que, o se desplazaban arrastrando los pies, o dando pasitos ligeros por la moqueta. En uno de los grupos —el de los paticortos, graves y de nariz plana— los hijos se parecían a los padres. Eran los llamados «finlandeses». Luego estaba el de los patilargos, alegres y de nariz fina, donde los padres se parecían a sus hijos. Eran los llamados «suecos».

Vatanescu daba vueltas en su taburete. Junto a él pasaban mujeres mal alimentadas seguidas de sus retoños

de cien kilos, que jadeaban en la escaleras, bebían refrescos y no hacían más que exigir todo el rato. De una patada ágil y ligera, Vatanescu giró otro cuarto de vuelta. Restaurantes, discotecas, de nuevo el *tax free*. Se levantó a mirar el mar, el paisaje se oscureció. Olas de filos blancos, las luces del archipiélago y él allí, dentro de aquel barco que más bien parecía el centro comercial de una ciudad dormitorio.

Vatanescu se saltó hábilmente al maître del bufé mientras este comprobaba la lista de reservas y se dedicó a amontonar en su plato todo lo que pudo, imitando a los demás. Ensaladas con mayonesa, salmón en todas sus variantes, empanadas, fiambres, salchichas.

Se sentó en el primer lugar que encontró libre, frente a una pareja de edad avanzada, Pentti y Ulla, o Holger y Agneta, para qué pararse a clasificarlos, cuando lo que importaba era su mirada y no sus nombres. Elegían cada guisante con sus tenedores y sonreían con dulzura, conscientes de su importancia y de la cercanía de la muerte. Su importancia existía solo para ellos dos, porque en cuanto uno de ellos se fuese, el otro haría la maleta y le seguiría. Pero en aquel instante todavía eran el uno para el otro: todo su viaje, todo su pasado, todos los días de la primavera de 1938. En las gambas, las lonchas de rosbif, en las pequeñas copas de vino tinto, se condensaba la satisfacción amortizada durante toda una vida.

Lo primero que se serviría Miklos serían las salchichas, y luego, por muchos años que pasasen, seguiría recordando cuántas se comió.

Kétchup y venga kétchup. Me lo agradecería con la mirada y yo le aseguraría que no volveríamos a nuestro camarote sin pasar antes por la sala de juegos, por el simulador de coches de carreras, por el tax free.

Después de tanta ración sueca posatómica, el estómago de Vatanescu no pudo soportar aquel rancho nórdico

que lo llenaba a rebosar. Su mente y su cuerpo —cuyas reservas de proteínas se habían visto saturadas demasiado rápido— se vaciaron al cabo de pocos minutos en forma de diarrea. Vatanescu saludó a Pentti y a Ulla —o a Holger y a Agneta— con una cortés inclinación de cabeza y salió escopetado hacia el camarote.

Índice

Primer capítulo	
en el que se relata cómo Vatanescu se va a trabajar al extranjero, tiene que separarse de su hermana y organiza una barbacoa	7
Segundo capítulo	
en el que se relata cómo creció y perdió una oreja Jegor Kugar, el solitario traficante de drogas y seres humanos	31
Tercer capítulo	
en el que se cuenta cómo Vatanescu hace algo que no tiene vuelta de hoja, pero encuentra su alma gemela	43
Cuarto capítulo	
en el que Vatanescu coincide con Hertta, amiga de los seres humanos, con Keijo el sacristán, con Usko Rautee y con Ming, y en el que se convierte en inversor internacional	57
Quinto capítulo	
en el que Vatanescu aspira a la clase de los ciudadanos de primera, se fuma un porro y acaba al volante de un Volvo	105
Sexto capítulo	
en el que Vatanescu y Harri Pykström se dan una sauna y agarran una cogorza de padre y muy señor mío	123

Séptimo capítulo

en el que Vatanescu descubre Eldorado, conoce a Goodluck Jeffersson y Urmas Öunap, y en el cual también se le aparece a Jegor 155

Octavo capítulo

en el que Vatanescu trabaja de ayudante de una maga ilusionista y se hace su amante, y en el que Jegor vuelve a ser lo que era 201

Noveno capítulo

en el que conoceremos al primer ministro de Finlandia y Vatanescu resucitará de entre los muertos 257

Décimo capítulo

en el que Vatanescu asa filetes de pollo marinados en miel en la barbacoa y elige gobierno 303

Último capítulo

en el que el buen conejo encuentra su lugar en el mundo 325